

volado al cielo; en su lugar habia quedado una polluela impertinente y orgullosa, y el alma de Mauricio no estaba hecha para conformarse con lo poco que podia dar de sí una chica insustancial, que no era capaz de comprender siquiera el amor que abrigaba el pintor dentro del pecho.

### XLIII.

#### Confidencia.

La exposicion y las vacaciones habian concluido.

Mauricio, triste y desanimado, emprendia diariamente el camino de la Academia.

Casi nunca dejaba de encontrar á don Jorge y á su hija. No los veía, los sentía, y algo como un toque eléctrico que hacia saltar su corazon, le obligaba á levantar la vista y á corresponder tímidamente al saludo que le dirigian de una manera invariable el padre y la hija.

Despues de que pasaba aquel momento que era como un relámpago que iluminaba diariamente su vida por un segundo, como para hacerle sentir con mas fuerza la oscuridad del abismo en que se habia despeñado, nuestro héroe volvía á bajar los ojos y continuaba, suspirando, su camino.

Una vez en la sala de estudio, preparaba maquinalmente sus

colores, tomaba sus pinceles y permanecía largo rato con el lienzo delante, el pincel en el aire, la vista extraviada y en completa inmovilidad.

Sus compañeros le embromaban y se burlaban de él. Ramon le compadecía, y aunque habitualmente ligero y burlon, respetaba el dolor de su amigo sin comprenderle, se abstenía de hacerle objeto de sus bromas, y buscaba en su imaginación el medio más á propósito para curar de raíz al pobre Mauricio.

Maria, el bello modelo, á quien el pintor había dado cita para hacer un nuevo cuadro, permanecía horas enteras frente al caballete del artista, contemplándole en silencio y derramando abundantes lágrimas.

Algunas veces se impacientaba y decía al pintor:

—No se trabaja hoy, señor Mauricio?

—Sí, hija, aguarda un poco.

Pero la niña aguardaba inútilmente. Mauricio cubría todos los días su lienzo sin que este hubiera cambiado nada del estado que guardaba la víspera.

La niña se desesperaba. Comprendía que algo pasaba en el corazón de Mauricio que ella no podía remediar, y temía conocer la verdad, porque una voz interior le decía que otra mujer era la que causaba aquella desazón en el alma del hombre á quien ella, Maria, amaba más en el mundo y por quien había dado la felicidad y la vida.

Un día, sin embargo, se atrevió á dirigirse á Ramon para inquirir la causa del abatimiento de Mauricio.

Concluida la clase, se acercó tímidamente al amigo de su amado, y le dijo con una amabilidad á la que Ramon no estaba acostumbrado de su parte:

—¿Quiere usted oirme una palabra?

—Calla, muchacha! qué amable estás! ¿qué mosca te ha picado?

—Quisiera que habláramos formalmente.

—Hombre! ¡formalmente! vas á solicitar mi blanca mano?

—¡Por Dios, Ramon!—dijo la niña con un tono de tan supremo dolor, que Ramon la vió con asombro.

Entonces pudo notar en los límpidos ojos de María las lágrimas que se agolpaban á sus pupilas, y en la expresión de su rostro una angustia tal, que sin querer sintió oprimido el corazón y dijo á la niña con amabilidad, casi con tristeza:

—Habla, María, ¿qué es lo que te acongoja?

—Usted es muy amigo de Mauricio.

—¿Quién lo duda?

—Sabe usted cuanto le pasa.

—Ya lo creo, como que soy el confidente general de la Academia y muy particularmente suyo.

—¿Podría usted decirme, continuó María, qué es lo que tanto le apesadumbra que se desmejora visiblemente y ya no trabaja con el mismo tesón que ántes?

—¡Ah curiosa! acuérdate que por la curiosidad de tu madre Eva estamos gimiendo en este valle de lágrimas todos nosotros, y lo más bonito del cuento, sin comerla ni beberla.

—Le aseguro á usted que no es por curiosidad.

—Pues cómo se llama indagar las vidas ajenas, muchacha?

—Si usted supiera cuánto me interesa!—volvió á decir la niña con ese tono que había llamado ya la atención de Ramon.

—¡Calla!—pensó este—si se habrá enamorado de veras esta chica de Mauricio! ¡Y yo que no caía en cuenta!

Luego agregó en voz alta:

—¿Te interesa? ¡le querrias acaso?

La niña no contestó; se puso extraordinariamente encarnada y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo.

¡Ramon había sorprendido su secreto!

Qué vergüenza! Su indiscrecion la habia vendido; Mauricio iba á saber que le amaba y la despreciaria tal vez. No volveria á verle! ¿Cómo se atreveria á ponerse frente á él para servirle de modelo, cuando cada vez que el pintor fijara la vista en ella el rubor habia de subir á su frente y no habia de poder sostener la mirada del artista?

La pobre niña rompió á llorar.

Ramon la contemplaba con tristeza. Nada tenia que preguntarle. Sabia ya cuanto pasaba en el alma de aquella pobre jóven que á nacer en otra esfera habria sido la reina de los sajones, y que un capricho de la suerte colocaba en medio del camino de un ser tan desgraciado como ella y el único que podia darle la sola felicidad que anhelaba en aquel momento su corazon.

—¡No le diga usted nada!—exclamó despues de un rato María.

—No te apures, que nada sabrá por mi boca; pero, dime, ¿le quieres mucho?

—Con toda mi alma.

—¿Harías por él un sacrificio?

—Cuantos fueran necesarios.

—¿Aun el de tu amor?

La niña vaciló un momento.

—¿Qué quiere usted de mí?—preguntó al fin.

—Mauricio ama á otra.

—Ah!—exclamó María que sintió agotarse toda su sangre al corazon.—Y ella?—añadió despues de un momento.

—O ignora el amor de que es objeto, ó es incapaz de comprender una alma como la de Mauricio.

—No le ama!..... dijo con mal contenido placer María.

—Precisamente.

—Gracias, Dios mio!—exclamó el modelo llevando la mano á su pecho.

—Cómo gracias, muchacha! ¿No ves que el motivo de que tan mal esté nuestro pobre Mauricio es cabalmente la indiferencia de esa chica?

María encogió los hombros.

—Entónces tú no le amas!—continuó Ramon.

—Que no le amo!—dijo con acento indefinible María—si no le amara me importaria muy poco que esa mujer no se cuidara de él; amándole como le amo veo una esperanza para mí en la indiferencia de ella.

—Pero si él la adora, desventurada!

—Algun dia se cansará de tributarle inútilmente sus homenajes; algun dia comprenderá que la mujer que ha tenido la dicha de conmover su alma y no se apresura á adorarle de rodillas no tiene corazon de mujer sino de roca; y algo entónces le dirá que yo le amo, que le adoro, que le idolatro; que para mí no hay en el mundo otro hombre que él y que hasta el cielo me pareceria desierto y triste si no le viera allí á mi lado!

Los ojos de María chispeaban; su voz tenia un acento de solemnidad indefinible y sus palabras parecia que salian directamente del corazon sin pasar por sus labios secos y marchitos que estaban casi inmóviles.

—¡Pero tú estás loca, muchacha!—interrumpió Ramon.

—Loca, sí,—continuó María cuya exaltacion crecia por momentos—loca; pero de amor, de angustia, de cansancio de esta vida en la que todo es negro para mí; en donde no veo mas que tinieblas por donde quiera que vuelvo los ojos y en la que cuando encuentro una luz única me deslumbra, me lastima, me mata! Loca, porque he dejado que mi alma se adelante al encuentro de otra que la huye para ir en pos de otra alma que huye á su vez, considerándose indigna sin duda de hermanarse con tanta hermosura y tan inmensa grandeza! Loca, pro-

que cuando el amor ha venido á mí no le he rechazado sino que le he abierto completamente mi corazón en donde se ha encerrado para no volver á salir jamás!

—Pero de dónde has sacado todas esas cosas, muchacha?— dijo Ramon admirado al oír expresarse á María de una manera tan extraña.

—¿De dónde? pregunte usted á los ojos de donde sacan sus lágrimas, al pecho dónde va á buscar sus gemidos.

—Es decir que no me ayudarás á curar á Mauricio—replicó Ramon que queria poner fin á una escena que sin saber por qué le hacia daño.

—¿A curarle? ¿de qué manera?

—Contribuyendo á que le ame esa mujer.

—Qué dice usted? ¿Supone usted acaso que yo habia de abandonar mi última esperanza? que habia de ayudarle á otra mujer á que se apoderara del tesoro único que ambiciono? Entonces sí se podría decir que estaba yo loca.

—Pero no ves que se morirá Mauricio?

—¿Que se morirá? Pues bien, sí, que muera; yo me moriré tambien y entonces podré decirle que le amo, y entonces estaremos unidos para siempre.

—Con que no cuento contigo?

—Ni lo sueñe usted.

—Adios, María.

—Adios, Ramon, gracias.

—¿De qué?

—De que me ha dicho lo que deseaba saber.

—Y ahora ¿qué vas á hacer?

—Nada—contestó la niña con solemne tono.—Esperar

—¿En qué?

—En un milagro.

—Está loca rematada—murmuró Ramon alejándose.

María volvió á su miserable casa.

¡Cosa extraña! Sus ojos estaban secos. Desde aquel dia no volvió á llorar. El secreto que le confió Ramon habia enjugado sus lágrimas.